



Comunicaciones

Los principios hispanoamericanos: la crítica de José Enrique Rodó y la literatura peninsular

Florencia Bonfiglio
Universidad Nacional de La Plata

Resumen

Esta ponencia aborda el programa literario del joven uruguayo José Enrique Rodó delineado en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (1895-1897) y sus opúsculos de “La Vida Nueva”, el cual evidencia dos preocupaciones básicas de su tarea como crítico: la rectificación del Modernismo y la definición de un ‘Americanismo literario’. Ambas tienden no sólo a establecer los principios de una literatura hispanoamericana sino también a estrechar los lazos con la intelectualidad española, donde el crítico busca claramente reconocimiento y legitimación. Nos concentramos en el diálogo establecido por Rodó con algunos escritores peninsulares (el cual se profundiza en su correspondencia) donde Rodó se construye como un crítico conciliador, pero ante todo como un *crítico fuerte* que no se deja ahogar por los juicios autorizados. Mientras la tendencia general de los peninsulares era defender el hispanismo, y la de muchos hispanoamericanos el americanismo entendido como criollismo, Rodó, en la senda de Darío y contra las prevenciones respecto de las ‘galomanías’ modernistas, autoriza la literatura latinoamericana en un cosmopolitismo crítico y selectivo como índice de modernidad y descolonización respecto de la literatura peninsular.

Palabras clave: Rodó - *Revista Nacional* - Modernismo - Americanismo - literatura peninsular

Como es frecuente en estos debates generacionales, los jóvenes asumieron la acusación como bandera y se jactaron de su tarea imitativa.

Ángel Rama, *Las máscaras democráticas del Modernismo*.

La autorización del Modernismo en la asimilación creativa de fuentes y modelos no solo implicó la asunción de una actitud moderna, basada en relaciones no jerárquicas con la tradición, como se desprende de la afirmación de Rama en el epígrafe. La actitud “selectiva” que, por ejemplo, Justo Sierra subrayaba en la tarea imitativa de los jóvenes, superadora del servilismo de los mayores,¹ tenía que ver con una mayor emancipación cultural respecto de las herencias coloniales que pervivían en el fin de siglo. En tanto literaturas surgidas en condiciones de dependencia, se trataba, pues, de la necesidad de validar la apropiación de modelos *externos*, de defender un cosmopolitismo crítico como índice de descolonización respecto de las literaturas madres. De hecho, en los programas de las revistas literarias que por entonces declaraban sus intenciones independendistas, la relación con los “mayores” solía ser respetuosa: Darío y Jaimes Freyre afirmaban, por ejemplo, que la *Revista de América* (1894) habría de “mantener, al propio tiempo que el pensamiento de la innovación, el respeto a las tradiciones y la jerarquía de los maestros” (cit. en Barcia, 1968: 48). En este sentido, el programa del joven montevideano José Enrique Rodó como fundador, junto con

1 Me refiero a los siguientes postulados de Sierra, enunciados en su prólogo a las *Obras póstumas* de Manuel Gutiérrez Nájera (1896): “sí, ha habido evolución y para ello la asimilación ha sido necesaria; imitar, sin escoger, casi sin conocer, primero; imitar escogiendo, reproduciendo el modelo, después, esto es lo que llama asimilarse un elemento literario o artístico, esto hemos hecho.” (cit. en Rama, 1985: 47).



Víctor Pérez Petit y los hermanos Martínez Vigil, y principal redactor de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (marzo 1895-noviembre 1897), se religaba con el “modernismo” conciliador de Darío, auspiciando una mayor confluencia con la intelectualidad española en su recepción de la literatura peninsular. Los artículos de Rodó para la revista evidencian dos preocupaciones básicas: los alcances del Modernismo y la definición de un ‘Americanismo’ desde el cual ejercer la asimilación de la literatura extranjera. Ya en su escrito del número inicial dedicado al español Federico Balart (“Dolores”) en marzo de 1895, asienta el uruguayo sus *principios*: el auspicio de nuevos poetas a la vez que la distancia con cierta poesía “modernísima” que “abandona la estimación de la idea y el sentimiento ‘a los burgueses’”, y la necesaria adaptación de lo foráneo a la tradición local, pues,

cuando las influencias de una revolución literaria atraviesan las fronteras del pueblo donde esa revolución ha tenido origen y se insinúan en la vida intelectual de otro pueblo, el movimiento a que en este último dan lugar evoca casi siempre, en los anales de la literatura propia, el precedente con que mejor pueda la nueva tendencia vincularse para imprimir en ella, en cuanto sea posible, el sello nacional. (Rodó, 1957: 740).

Era así, para Rodó, como el parnasianismo francés que inspiraba “las novedades métricas de [Salvador] Rueda, como en América las de Darío”, podían en España adquirir un sabor propio, relacionándose con elementos de la poesía de Góngora. La obra de Balart era loable porque era ajena, empero, al moderno culto excesivo de la forma, aunque su carácter no fuera del gusto de Rodó, quien afirmaba su inclinación por “la poesía que es acción”, una poesía imbuida ya, sin embargo, de la “nueva e inesperada tendencia de reacción espiritual o idealista” que valoraba en la última novela de Galdós o en la crítica de Leopoldo Alas. (Cfr. Rodó, 1957: 743).

En sus siguientes artículos de 1895, Rodó señalaba el rumbo a seguir y hallaba su precursor: Juan María Gutiérrez era el primer crítico literario hispanoamericano y quien encarnaba el ideal conciliatorio de la labor americanista: la veneración por el legado de los mayores y la libertad de criterio. Era la flexibilidad del argentino, testimoniada en su tarea de rescate de páginas desconocidas o desdeñadas de la historia colonial, la que explicaba su valoración de “todo aquello que significase un rasgo de espontaneidad o atrevimiento de la inteligencia americana” (Rodó, 1957: 748). La fórmula de *inteligencia americana* implicaba ya el amplio concepto de Rodó de “El americanismo literario”, definido bajo ese título, en su primer artículo (de una serie de tres) en julio de 1895. El uruguayo comenzaba por distanciar su concepción de la “limitada acepción” del americanismo como reducción “a las inspiraciones derivadas del aspecto del suelo, las formas originales de la vida en los campos (...), y las leyendas del pasado...” que podía conducir a los extremos del “regionalismo infecundo y receloso que sólo da de sí una originalidad obtenida al precio de incomunicaciones e intolerancias”. Como agregaba:

no es tanto la forzada limitación a ciertos temas y géneros, como la presencia de un espíritu autónomo, de una cultura definida, y el poder de asimilación que convierte en propia sustancia cuanto la mente adquiere, la base que puede reputarse más firme de la verdadera originalidad literaria. (Rodó, 1957: 768).

Rodó entendía que la obra de Gutiérrez, imbuida de la idea romántica de la nacionalización de las literaturas, era iniciadora de un espíritu americanista, el cual observaba en la Generación del 37 en su conjunto. Tampoco, sin embargo, hallaba en aquella generación mucho más que comienzos: “En su manifestación literaria, la idea de la emancipación se confundía, (...) con la idea y los ejemplos del romanticismo”. Rodó postulaba una consigna básica que no había sido de hecho vehiculizada por los argentinos:



Una cultura naciente sólo puede vigorizarse a condición de franquear la atmósfera que la circunda a los “cuatro vientos del espíritu”. La manifestación de independencia que puede reclamársele es el criterio propio que discierna, de lo que conviene adquirir en el modelo, lo que hay de falso e inoportuno en la imitación. (1957: 768).

La cuestión, contemporáneamente en debate a raíz del supuesto *galicismo mental* de Darío y el exceso de afrancesamiento de sus seguidores, resultaba una preocupación modernista. Mientras los hispanoamericanos en sus crecientes ciudades atendían a todo lo novedoso que procedía de ultrapuertos, los españoles, todavía garantes de una verdadera consagración, eran reacios a aceptar los beneficios del cosmopolitismo moderno. Aún varios años después (en 1902), en un artículo sobre “Ibsen”, Jacinto Benavente se preguntaba por qué se iba a buscar:

en literaturas extrañas y casi desconocidas, como la noruega y la rusa, no sé decir si una literatura joven y vigorosa que fecunde la nuestra envejecida, si estudio interesante de pueblos y literaturas, casi ignorados, o capricho de extravagancias y novelerías. (...) hoy por hoy, juzgo que, sólo de ocasión y por antojo de estómago estragado, figuran en la cocina literaria europea el caviar noruego y la ensalada rusa... (cit. en Gullón, 1980: 486-487).

Son más conocidas las prevenciones de Unamuno y Valera respecto de las galomanías darianas² y en defensa de lo hispano. Pero lo que interesa destacar es que estas apreciaciones entrañaban formas de autorización de la ‘inteligencia americana’, si no colonialistas, por lo menos deudoras del nacionalismo romántico. Unamuno, en su artículo “Sobre la literatura hispanoamericana” con el cual comenzaba su colaboración con *La Nación* en mayo de 1899, aconsejaba a los hispanoamericanos cultivar los “temas de su huerto”, y pedía que le hablasen del gaucho, del estanciero, del colono, “de las luchas civiles, de la eflorescencia industrial, de todo, en fin, lo que constituye la vida americana, y no de delicuescencias traducidas del francés...” (1961: 77). En su crítica de *Los raros*, como sabemos, el francés Paul Groussac había ironizado sobre la ingenuidad de Darío en creer que alcanzaría originalidad a través de la copia de “rapsodias parisienses”,³ a lo que Darío había respondido con su famosa retorsión: “Qui pourrais-je imiter pour être original? (...) Pues a todos. A cada cual le aprendía lo que me agradaba, lo que cuadraba a mi sed de novedad y a mi delirio de arte; los elementos que constituirían después un medio de manifestación individual. Y el caso es que resulté original” (Darío, 1938: 121). Rodó, por su parte, intentaba conciliar posturas en un “americanismo” entendido como asimilación crítica de las modernas corrientes, sustentada en la propia tradición hispanoamericana.⁴ Así, por un lado, el crítico celebraba todo lo que proveniente de España pudiera coadyuvar a su ideal americanista, por ejemplo, en su artículo “Menéndez Pelayo y nuestros poetas” (febrero de 1896), el último tomo de la *Antología* de líricos americanos realizada por el español. Rodó agradecía –también a la Academia Española que auspiciaba la publicación– la “empresa literaria de positiva significación para el afianzamiento de la amistad de nuestros pueblos

2 En la segunda carta que Valera dirige a Darío (*La Nación*, 22 de febrero de 1897) acusando recibo de *Los Raros*, el español repetía lo ya afirmado respecto de *Azul...*: “Soy yo grande admirador de la literatura francesa, pero disto infinito de la idolatría galómana que en Ud. noto.” (cit. en Barcia, 1968: 43).

3 Decía Groussac: “El arte americano será original –o no será. ¿Piensa el señor Darío que su literatura alcanzará dicha virtud con ser el eco servil de rapsodias parisienses, y tomar por divisa la pregunta ingenua de un personaje de Coppée: *Qui pourrais-je imiter pour être original?*” (Groussac, 1896: 478).

4 Rodó encontraba tal espíritu conciliador en el americanismo de su admirado Gutiérrez, quien había conjugado la novedad del romanticismo de Echeverría con el amor “por lo antiguos modelos literarios” (los de las postreras influencias del clasicismo y el culto de la forma de Florencio Varela) (Cfr. 1957: 746).



con la metrópoli, que puede aspirar todavía a recuperar gran parte del influjo perdido, por errores y pecados comunes, en la dirección de su pensamiento y en la educación de su espíritu.” (1957: 809). Por otro lado, sin embargo, llevaba el agua de los influjos hispanos para su propio molino de vientos renovadores, afirmando que

El intercambio de ideas y de ingenio; las corrientes mensajeras de la actividad de la vida intelectual; el amor revelado en la consideración de las cosas de los unos por las mentes selectas de los otros, son vínculos más fuertes, más seguros, que los que pueden originarse de la organización oficial y artificiosa de las instituciones que velen en cada zona de la vasta unidad castellana, a modo de vestales, por la integridad, o la inmovilidad, de la lengua. (Rodó, 1957: 810).

Rodó señalaba la importancia de la comunicación hispano-americana del modo en que era auspiciada por Menéndez Pelayo, Castelar y Valera, mientras por entonces enviaba su producción a escritores como Rafael Altamira y Leopoldo Alas, a quien había dedicado un estudio en la *Revista Nacional*: “La crítica de ‘Clarín’” (abril y mayo de 1895). Allí insistía en la “*ansiedad de cosas nuevas* que flota, como presagio de una renovación tal vez cercana” (1957: 758), anticipando el tema de “El que vendrá”, su opúsculo de junio de 1896 que integraría la primera parte de su serie “La Vida Nueva”. En 1897, la *Revista* publicaba a su vez la carta elogiosa de Altamira en respuesta a su recepción del opúsculo de Rodó, donde el español expresaba su deseo de estrechar los “relaciones literarias entre los hispanoamericanos y los españoles”. Para ello, como decía, había estado utilizando el diario madrileño *La Justicia*, el *Boletín* de la Institución Libre de Enseñanza y su propia *Revista Crítica*, donde en 1900 aparecería su ensayo celebratorio de *Ariel* (el tercer opúsculo de “La Vida Nueva”), un gesto que, a su vez, Rodó oportunamente agradecería escribiéndole: “usted no puede imaginarse lo valiosa y eficaz que es cualquier palabra de adhesión que venga de quien, como usted, tiene merecidamente conquistado un alto prestigio en nuestro mundo intelectual.” (1957: 1288). Porque era autorización y reconocimiento lo que el uruguayo buscaba en sus correspondencias con los españoles, y el fortalecimiento de redes intelectuales que hicieran viable la actividad del escritor hispanoamericano. Rodó, en efecto, nunca dejaría de enfatizar su hispanofilia: los vínculos con España resultaban esenciales en pueblos que, como escribiría a Unamuno en 1901, eran “escenario muy pequeño (para empresas de orden intelectual)” (1957: 1310).⁵ A Leopoldo Alas, luego de recibir una respuesta generosa respecto de “El que vendrá”, le había enviado una segunda carta con otros ensayos, para los cuales pedía benevolencia desde una posición discipular, mientras expresaba sus motivaciones para profundizar los contactos:

5 También en marzo de 1904, Rodó se lamentaba en carta a Unamuno de las condiciones “desesperantes” de su ambiente, especialmente “para los que tenemos aficiones intelectuales y tendencias a una vida de pensamiento y cultura”. Allí mencionaba Rodó su proyecto de publicar lo que sería *Motivos de Proteo* en Madrid o Barcelona, y de “oxigenar el alma” con una larga estadía en Europa, un deseo que, por dificultades económicas, solo pudo concretar cuando la revista porteña *Caras y Caretas* lo envió como corresponsal extranjero. (Fue durante ese viaje, en 1917, que Rodó murió en un hotel de Palermo).

Rodó se aplicó desde un principio a una verdadera política de religación cultural y de autopromoción de sus escritos. Como señala Rodríguez Monegal en el Prólogo a su *Correspondencia* (en *Obras Completas*), el uruguayo enviaba sus textos a los principales escritores de España y América. La importancia que otorgaba a la correspondencia puede calibrarse observando los registros que confeccionaba: para correspondencia enviada y recibida, para impresos, etc. (Registraba incluso las dedicatorias y conservaba copia de las cartas enviadas). Rodríguez Monegal ordena la correspondencia en tres series, insertas en un estudio de las relaciones personales y literarias con sus corresponsales, que aparecen agrupados por generaciones y de acuerdo con tres etapas: la de sus inicios (hasta 1900), “la de su fama y proselitismo americanista intenso” (1900-1910), “la de su creciente indiferencia” (hasta su muerte). En el primer grupo se incluyen las comunicaciones con los escritores ya establecidos (como Alas), y Rodríguez Monegal señala que la actitud de Rodó es, “frente a casi todos, la de discípulo a maestro”, la de una “justificable sumisión” (1957: 1259). Desde nuestro punto de vista, el respeto (a veces extremo) por la opinión de los españoles puede observarse también en algunas correspondencias con “coetáneos” como Unamuno.



En el ambiente ingrato para todas las manifestaciones desinteresadas de la labor intelectual, de estas democracias inquietas y mercantilizadas, una palabra de aliento que venga de quienes significan y valen lo que Ud. decide a menudo la constancia de una vocación combatida por la ausencia de estímulos y esperanzas. (Rodó, 1957: 1261).

A su vez, Alas publicaba un artículo en *La Saeta*, de Barcelona, en febrero de 1897, donde promocionaba la obra crítica de Rodó en estos términos:

no está vinculado con ninguna de esas pestes pegajosas que tantos y tantos escritores jóvenes americanos llevan de París a su tierra. El Sr. Rodó reconoce que el jugo de las letras hispanoamericanas debe tomarse de la tradición española (...) Críticos como el Sr. Rodó pueden hacer mucho en América, por la sincera unión moral e intelectual de España y las repúblicas hispanoamericanas; unión que podría preparar lazos políticos y económicos futuros... (cit. en Rodó, 1957: 737).

Como se ve, la unión auspiciada por los españoles no excluía un intento de “reconquista” (el cual, en el caso de Altamira, uno de los mayores impulsores de la religación con Hispanoamérica, era bastante explícito).⁶ Pero la razón por la cual la *Revista Nacional* reproducía luego el artículo de Alas no era sino la búsqueda de legitimación del propio Rodó.⁷ Alas, sin embargo, efectuaba un *misreading* del uruguayo al afiliarlo solo con la tradición española. Como respuesta, Rodó aclararía su posición, que tendía a la religación con España mientras auspiciaba las nuevas corrientes que debían ser, en efecto, más cuidadosamente asimiladas. Perfilaba allí Rodó su concepto de modernismo, el cual desde sus inicios intentaba conciliar el “didacticismo” de los poetas con la independencia del arte o “la libertad, que Heine proclamó *irresponsable*, de su genio y de su inspiración” (1957: 800-801). Decía Rodó:

los que vemos en la inquietud contemporánea, en la actual renovación de las ideas y los espíritus algo más, mucho más, que ese prurito enteramente pueril de retorcer la frase y de jugar con las palabras a que parece querer limitarse gran parte de nuestro decadentismo americano, tenemos interés en difundir un concepto completamente distinto del modernismo como manifestación de anhelos, necesidades y oportunidades de nuestro tiempo, muy superiores a la diversión candorosa de los que se satisfacen con los logogrifos del decadentismo *gongórico* y las ingenuidades del decadentismo *azul*. (1957: 1261-1262).

Alas, sin embargo, se muestra en su respuesta de agosto de 1897 como un árbitro difícil de convencer: “recibí hace unos meses unos cuantos números [de la *Revista*] que ya no me parecieron tan bien, pues vi con dolor en ellos demasiado *azul*, y excesiva intervención de esos señoritos que Ud. llama, con gracioso eufemismo, candorosos...” (cit.

6 Ese objetivo de “reconquista” sería oportunamente criticado por el cubano Fernando Ortiz en *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo* en 1911. Para mayores detalles sobre las relaciones hispano-americanas impulsadas por Altamira remito a la selección de sus escritos realizada por Eva María Valero Juan: *Rafael Altamira y la “reconquista espiritual” de América* (2003).

7 De hecho, tres años más tarde el ensayo de Alas sobre *Ariel*, publicado en *El Imparcial* de Madrid en 1900, e incorporado como prólogo a la segunda edición de *Ariel* del mismo año, sería crucial para su consagración definitiva. Hasta entonces, sólo se habían vendido 60 ejemplares del opúsculo (Cfr. Petit Muñoz, 1967: 87), el cual se convirtió, como se sabe, en uno de los éxitos del período. Valga apuntar que para ello no bastaron los envíos personales de Rodó, sino que el uruguayo tuvo que recurrir, como tantos otros, a las grandes editoriales europeas, dotadas de redes de distribución euroamericanas: en su caso, desde 1908, el sello valenciano de Sempere (Real de Azúa, 1976: XX). Esto explica también la voluntad de los hispanoamericanos de reforzar los lazos con la Península, estratégicos para facilitar su inserción en España.



en Rodó, 1957: 1262). Simultáneamente Rodó publicaba “Un Poeta de Caracas”, un artículo sobre el venezolano Andrés Mata, quien, como Rodó, se distanciaba del candoroso *azul*. Rodó cuestionaba allí la “ausencia de contenido *humano*” del Modernismo, pero expresaba ya su admiración por Darío, a quien le permitía “emanciparse de la obligación humana de la lucha, refugiarse en el Oriente o en Grecia, *madrigalizar* con los abates galantes”; Darío, como el verdadero poeta según Heine, tenía para Rodó “el atributo regio de la irresponsabilidad”, sobre los imitadores debía caer el castigo. (1957: 847).

Cuando Rodó le contesta a Alas en septiembre, no claudica en sus posturas cada vez más consolidadas: primero, agradece las palabras del español sobre la *Revista*, afirmando que los redactores tienen “muy en cuenta sus indicaciones” y mostrándose satisfecho de “haber contribuido un poco a dar a conocer las aspiraciones y las tendencias de la nueva generación americana y haber llevado su grano de arena a la grande obra de la unidad y fraternidad de los pueblos de habla española”. Luego, insiste en el ‘modernismo’ como búsqueda de renovación.⁸ Rodó, quien enviaba junto con la carta su propia producción modernista, el primer opúsculo de “La Vida Nueva” (1897), explicitaba su deseo de “*encauzar* al modernismo americano dentro de tendencias ajenas a las perversas del decadentismo *azul*... o *candoroso* según Ud. y yo hemos convenido en llamarle, valiéndonos, como Ud. dice, de un eufemismo.” (1957: 1262). Rodó se construía como un crítico integrador, pero ante todo como un *crítico fuerte* que no se dejaba ahogar por los juicios autorizados. En efecto, el “Lema” de “La Vida Nueva” era, una vez más, el de franquear los horizontes del pensamiento a *los cuatro vientos del espíritu* y aspirar a “la ciudadanía de la *ciudad ideal*” imaginada por Goethe y Schiller, que no era sino la ‘patria’ del Arte de los simbolistas y decadentistas también soñada por Darío, y a la que se llegaba, según Rodó, “por la armonía de todos los entusiasmos y la reconciliación de todas las inteligencias.” (1957: 145-146). El primer opúsculo de “La Vida Nueva” integrado por “El que vendrá” y “La novela nueva” (dos ensayos publicados el año anterior en la *Revista*) acusaba los tres rasgos con que Federico de Onís caracterizara al Modernismo: el subjetivismo, el afán de libertad, la voluntad de innovación (Cfr. Rama, 1985: 27), pero sobre todo el cosmopolitismo compartido con Darío y reflejado en una actitud nueva respecto de los intercambios literarios. El año anterior, en “Los colores del estandarte”, Darío había respondido a las acusaciones de Groussac destacando que el mérito mayor de los llamados “decadentes” era impulsar (traduciendo, comentando, editando) el intercambio intelectual moderno, el internacionalismo de las ideas.⁹ Rodó, luego de mostrarse al tanto de las últimas rebeliones europeas e imbuído del espiritualismo finisecular en “El que vendrá”, aprovechaba en “La novela nueva” la polémica que Carlos Reyles mantenía con Valera a raíz de su programa novelístico en *Academias* (1896), para declarar su apoyo a los nuevos tanteos de “las grandes literaturas del mundo”. Rodó reafirmaba su condena de la “originalidad obtenida al precio de la incomunicación y la ignorancia candorosa” (“las fronteras del mapa no son las de la geografía del espíritu, (...) la patria intelectual no es el terruño”) (1957: 152) y se autorizaba, como Darío, en la asimilación sincrética: “las sucesivas transformaciones literarias no se desmienten: se esclarecen, se amplían; no se destruyen ni anulan: se completan (...). Son sobrepuestos tramos de donde ve dilatarse rítmicamente el horizonte quien lo sube.” (Rodó, 1957: 154).

Para el uruguayo, el estancamiento de la literatura española era visible en la lírica y no, como creía Reyles, en la novela, la cual ya adoptaba “rumbos nuevos”. La latinoamericana, por el contrario, revelaba lo que Rodó había definido como un “americanismo estrecho”. Éste –por la época el ideal del criollismo–, debía ser superado.

8 Como señala Arturo Ardao, en el contexto general del rechazo al racionalismo científico que se difundía desde Europa, la primera manifestación uruguaya de la renovación fue la *Revista Nacional*, la cual dio a conocer a los nuevos representantes de la reacción espiritualista: Verlaine, Mallarmé, Ibsen, Nietzsche, Tolstoy, D’Annunzio. Era precisamente en los artículos de Rodó, el “más joven y lúcido de los redactores” donde la inquietud filosófica de los nuevos asomaba “como naciente rebelión contra el positivismo” (1950: 259).

9 Los ‘decadentes’ eran los difusores de “grandes almas geniales: Ibsen, Nietzsche, Max Stirner, y sobre todo el soberano Wagner y el prodigioso Poe”; entre ellos, como decía Darío, “anónimos o desconocidos, han traducido y comentado, editado y propagado.” (1938 [1896]: 122).



Antes que el “hijo fiel de nuestra América”, dice Rodó, “está en nosotros el ciudadano de la cultura universal (...) el discípulo de Renan o de Spencer, el espectador de Ibsen, el lector de Huymans y Bourget”, en cuya naturaleza “vibra más el eco de los gritos lejanos (...) que el cántico de originalidad salvaje de la tierra”. En ese listado de maestros, los españoles brillaban por su ausencia. Rodó respondía implícitamente a quienes aconsejaban el jugo de la tradición hispana, y aclaraba que todo propósito de autonomía literaria debía “reconocer la necesidad de vinculación fundamental (...) con el de los pueblos a quienes pertenece el derecho de la iniciación y de la dirección, por la fuerza y la originalidad del pensamiento”. Un principio sin duda sólo concebible en literaturas colonizadas, pero que en el momento del Modernismo era un *comienzo* de descolonización. Rodó acordaba con la idea de que tanto América, como su literatura, eran ‘jóvenes’, pero condenaba a esos “guardas” que, atribuyendo a la juventud un “candor primitivo”, la apartaban de lo que consideraban como malas influencias de la literatura extranjera. Seguramente atraído por *Los raros* de Darío, Rodó definía lo que esperaba de la literatura latinoamericana: “más que cosas sencillas, cosas raras. (...) Generaciones complejas por la composición de una idealidad indefinible, por la intensidad de la vida intelectual, darán de sí naturalmente un arte complejo.” (1957: 158).

Ese arte complejo lo encontraría en *Prosas profanas* de Darío, a quien Rodó dedica “Rubén Darío. Su personalidad literaria. Su última obra”, su segundo opúsculo de *La Vida Nueva* en 1899 y donde, más allá de su tan debatida afirmación “*No es el poeta de América*”,¹⁰ Rodó no solo consagraba definitivamente al poeta sino que consolidaba el Modernismo como un movimiento hispanoamericano de importancia, en sintonía con los nuevos tiempos. En uno de los pasajes más citados, declaraba:

Yo soy un *modernista* también; yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas. Y no hay duda de que la obra de Rubén Darío responde, como una de tantas manifestaciones, a ese sentido superior; es en el arte una de las formas personales de nuestro anárquico idealismo contemporáneo; aunque no lo sea –porque no tiene intensidad para ser nada serio– la obra frívola y fugaz de los que le imitan, el vano producir de la mayor parte de la juventud que hoy juega infantilmente en América al juego literario de los colores. (Rodó, 1957: 155).

Para Rodó, la poesía involuntariamente “antiamericana” de Darío era un hallazgo feliz: “no habíamos tenido en América –dice Rodó– un gran poeta exquisito”.¹¹ El nuevo

10 La frase fue generalmente interpretada como un pedido romántico de color local, pero en verdad lo que Rodó denominaba el “antiamericanismo involuntario” de Darío seguía de cerca los postulados cosmopolitas y emancipatorios del nicaragüense. Ángel Rama, al abordar el problema del americanismo de Darío, ofrece en *Las máscaras democráticas del modernismo* una lectura ciertamente desacertada del opúsculo y sostiene que Rodó, con sus “matrices mentales románticas”, aplicó criterios deterministas, desatendiendo las diferencias que éste establecía con los juicios estrechos del nacionalismo romántico o del criollismo. Darío, en las “Palabras Liminares” de *Prosas Profanas* ya había afirmado que, aún si hubiera en él alguna gota de sangre africana o indígena, no valía la pena su rastreo, pues los lectores sólo verían en sus *Prosas* “princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles” (1985: 180); en su opúsculo, pues, Rodó afirmaba que no valía la pena atender siquiera a “cierta impresión de americanismo en los accesorios” y descartaba de plano los análisis deterministas: “renuncio a tan aventurados motivos de investigación, y me limito a reiterar mi creencia de que, ni para el mismo Taine, ni para Buckle, sería un hallazgo feliz el de tal personalidad en ambiente semejante.” (Rodó, 1957: 165).

11 Rodó afirmaba que era *involuntariamente* antiamericana como resultado de su *voluntario* amaneramiento, de un “amaneramiento *voulu* de selección y de medida” que subyugaba todo sentimiento e interés por el entorno (1957: 174). El “*antiamericanismo*” iba más allá de “la elección de sus asuntos”, tenía que ver con la actitud (legítima, según Rodó) de rechazo de la realidad ‘positiva’: “Cierto: la Belleza soñada es, de todas las cosas del mundo, la que mejor justifica los individualismos hurafños y rebeldes.” (Rodó, 1957: 169).



haber ubicaba a Hispanoamérica en un puesto de avanzada, pues era fruto difícil de hallar “dentro de la moderna literatura española, el de la exquisitez literaria; entendiendo por tal la selección y la delicadeza que se obtienen a favor de un procedimiento refinado y consciente; no lo ‘delicado’ sentimental e instintivo de las *Rimas*.” (Rodó, 1957: 166). Fascinado con la obra de Darío, Rodó parecía incluso olvidar su anterior defensa de una “poesía de acción” y afirmaba que “poesía que lucha no puede ser poesía que cincela” (1957: 166). Pero era respecto de sus asimilaciones cosmopolitas donde Rodó más concordaba con Darío. El crítico no creía en la “pureza de la imitación auténtica, esencial”, sino en mera la voluntad de identificación y asumía, como Darío, el universalismo que según Rama acarrea la tarea exegética del Modernismo sobre los ‘textos’ occidentales –esos dioramas que proveía la historia universal (difundida por la historiografía burguesa europea). Elogiaba, por ejemplo, entre sus “peregrinaciones” imaginarias, y entre la cantidad de helenismos modernos no menos maravillosos que el supuesto ‘original’ griego, el “clasicismo modernista” de Rubén” (1957: 179).

Aunque Rodó cuestionaba el *empequeñecimiento* de esta poesía en el contenido humano (su “disconveniencia” con la *prosa del mundo*¹²) se afiliaba resueltamente con Darío (“su pensamiento –dice– está mucho más fielmente en mí que en casi todos los que le invocan” (1957: 187)). Le pedía, además, que asumiera su liderazgo en la Península, a donde viajaba poco después del “Desastre”. La fortaleza de Darío podía fructificar en mayores solidaridades, y puesto que España sufría el letargo de sus generaciones, era necesario que el nicaragüense hablase “a la juventud, a aquella juventud incierta y aterida, cuya primavera no da flores tras el invierno de los maestros que se van...” (Rodó, 1957: 187). En el contexto pos-98, no sólo el viaje de Darío, sino la misma crítica de Rodó que contribuía a su prestigio (y al del propio crítico), acentuaba la hispanofilia tanto como difundía la “inteligencia americana”. Fue, en efecto, a partir del envío que Darío hizo a Unamuno del opúsculo sobre *Prosas profanas* que Rodó y el escritor vasco comenzaron sus intercambios epistolares. En la carta con que Darío acompañaba el texto, asentaba un aspecto esencial de su poesía que contradecía las opiniones de Unamuno y que Rodó había desentrañado, relacionándolo con su ‘antiamericanismo’. Decía Darío: “no me creo escritor ‘americano’. Esto lo he demostrado en cierto artículo que me ví forzado a escribir cuando Groussac me honró con una crítica. Mejor que yo ha desarrollado el asunto el señor Rodó, profesor de la Universidad de Montevideo. Le envío su trabajo. Mucho menos soy castellano.” (cit. en Unamuno, 1961: 534).¹³

La autorización de la literatura latinoamericana en el cosmopolitismo era ciertamente una propuesta de los modernistas, entendida como vía para alcanzar autonomía respecto de España. Rodó, con su espíritu más conciliador, y sin duda más respetuoso que Darío de la tradición hispana,¹⁴ explicitaría en 1900, a través de Próspero en *Ariel*, su programa:

12 Rodó notaba cierta *disconveniencia* porque resaltaba “sobre el fondo, (...) de nuestra americana Cosmópolis, toda hecha de prosa. (...) polvo de oro parisiense sobre el neoyorkismo porteño” (1957: 175). La crítica resultaba, en verdad, la versión latinoamericana de la crítica francesa al Artepurismo. Rodó afirmaba que el “sibaritismo de corazón” de Darío “haría rugir a Edmundo Schérer, cuyas invectivas para Gautier acabo de dejar de las manos...”. Y también: “No será nunca un poeta popular (...). Él lo sabe, y me figuro que no le inquieta gran cosa. (...) el papel de *representante de multitudes* debe repugnarle tanto como al poeta de las *Flores del Mal*, que (...) se jactaba de no ser lo suficientemente *bête* para merecer el sufragio de las mayorías...” (1957: 169). No hacía más que interpretar a Darío, quien había declarado en las “Palabras liminares” que su canto nada tenía que ver con la “gritería” de las ocas. Rodó no contaba entonces con la categoría de *mediación* adorniana para evaluar con justeza la ‘evasión’ torremarfilista de Darío, y cuestionaba su actitud antisocial.

13 El pasaje fue transcrito por Unamuno (junto con otros) en “De la correspondencia de Rubén Darío”, un artículo publicado en *La Nación* en mayo de 1916 después de la muerte del nicaragüense.

14 Darío, ciertamente más independentista que Rodó, especialmente respecto de los usos lingüísticos, declaraba: “Los glóbulos de sangre que llevamos, la lengua, los vínculos que nos unen a los españoles no pueden realizar la fusión. Somos otros. Aun en lo intelectual, aun en la especialidad de la literatura, el sablazo de San Martín desencuadró un poco el diccionario, rompió un poco la gramática. Esto no quita que tendamos a la unidad en el espíritu de la raza.” (“Algunas impresiones de teatro”, *La Nación*, 21-2-1899). Parecía responderle Unamuno, el vasco defensor del castellano, en su “Preámbulo” de la sección “De Literatura Hispanoamericana” que inauguraba en enero de 1901 en *La Lectura* (donde reseñaba, entre otros, *Ariel*) al afirmar que la lengua “es la sangre del espíritu del pueblo” en que está escrita esa literatura que la une a España, y que entre las naciones



El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro. (1957: 228).

Próspero insistía en el espíritu crítico que debía aplicarse en la literatura o en cualquier aspecto de la vida hispanoamericana, la cual, sujeta a condiciones de dependencia, no podía escapar a las influencias foráneas. Ahora, ante la 'Nordomanía', alertaba contra toda *abdicación servil* o "imitación inconsulta", consciente de que "Se imita a aquel en cuya superioridad o prestigio se cree"; por el contrario, "el cuidado de la independencia interior —la de la personalidad, la del criterio— es una principalísima forma del respeto propio" (Rodó, 1957: 227-228). Pero no era la apropiación de modelos externos lo que estaba en discusión. Por eso Alas, en su ensayo sobre *Ariel* (1900), debe conceder que los americanos como Rodó fueran a buscar la renovación en otras literaturas, ya que la española no les ofrecía "suficiente pasto intelectual" (1948: 12). La tendencia general de los españoles era, empero, defender el 'españolismo', y la de muchos hispanoamericanos (y de Groussac, por ejemplo) el americanismo entendido como 'criollismo'. Pedro Emilio Coll, en *El castillo de Elsinor* (1901), hacía referencia a la oposición que el cosmopolitismo americano generaba: "Se cree que las influencias extranjeras son un obstáculo para el americanismo; no lo pienso así, y aun me atrevería a suponer lo contrario." En efecto, Coll percibía ya un "aire de familia" que distinguía a la literatura hispanoamericana "no solo de las literaturas exóticas, sino aun de la misma castellana" (cit. en Gullón, 1980: 89).

La afiliación con los idearios estéticos modernos (simbolistas, 'decadentes') y la modernización de las "cosmópolis" americanas, tanto como las condiciones de literaturas colonizadas, explicaban el fuerte espíritu internacionalista del Modernismo, ajeno al 'españolismo' que, según el Darío de *España contemporánea*, impedía "la influencia de todo soplo cosmopolita, como asimismo la expansión individual, la libertad, digámoslo con la palabra consagrada, el anarquismo en el arte, base de lo que constituye la evolución moderna o modernista." (Darío, 1950: 300-301).

En 1901, Justo Sierra afirmaba que Rodó se había equivocado en su definición conceptual, Darío sí era *americano* y *de todas partes*, "como solemos serlo los americanos, por la facilidad con que repercute en vuestra lira policorde la música de toda la lira humana y la convertís en música vuestra..." (1968: 144-145). Pero Rodó no había errado en sus teorizaciones. A la ansiedad de influencias extranjeras Sierra otorgaba el nombre de 'americanismo'¹⁵: Darío había sabido "robustecerse con la asimilación y ser original, como se debe ser, no empeñándose en decir lo que otros no han dicho nunca, sino esforzándose en ser una personalidad cada vez de mayor relieve" (Sierra, 1968: 140). En sus definiciones del "americanismo" y del "modernismo", y en sintonía con Darío, Rodó había aportado un postulado de larga herencia en la literatura latinoamericana: la defensa de la asimilación

americanas y la española había por ello "una hondísima comunidad" (1961: 96). Unamuno no se cansaba de repetir que Darío escribía en 'castellano' y que no había un español americano; en todo caso lo que se encontraba en América era un español arcaico.

15 Rama, en su genealogía del problema del 'americanismo' de Darío, señala que, después de ciertos juicios como el de Valera (quien en 1892 decía en carta a Menéndez y Pelayo que Darío, 'originalísimo', tenía bastante de indio sin buscarlo, además de 'todo lo asimilado e incorporado de Francia y de otras naciones'), Sierra fue el primero en destacar más certestamente el 'americanismo' dariano. Pero tanto éste como Valera manejaron además argumentos poco persuasivos: la apelación romántica a la Naturaleza y "la posible herencia india que no es nunca objeto de análisis pormenorizado y que parece extraída de la panoplia racista del pensamiento europeo de la segunda mitad del XIX..." (1985: 183). (Este tipo de juicios eran los que Rodó, en efecto, había evitado). Para Rama, fue Sanín Cano quien más sagazmente analizó la cuestión, pues consideró tanto la lengua y la sintaxis como los mensajes ideológicos. Más allá de dónde radicaría mayor o menor "americanismo" en Darío, interesa destacar que durante el Modernismo no se llegó a esas definiciones sobre el lenguaje, la sintaxis o los 'mensajes' sino que se debatió la cuestión entre el 'afrancesamiento' y el americanismo de los temas; lo cual desencadenó la defensa del cosmopolitismo y de la apropiación de lo foráneo.



foránea como vía hacia la originalidad o, como dirá Pedro Henríquez Ureña –uno de sus discípulos–, el derecho “a tomar de Europa todo lo que nos plazca”, el derecho “a todos los beneficios de la cultura occidental” (1978: 42).

Bibliografía

- Alas, Leopoldo (Clarín) (1948) [1900]. “Prólogo” a José Enrique Rodó, *Ariel*. Buenos Aires: Espasa Calpe. Colección Austral, 9-21.
- Ardao, Arturo (1950). *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay. Filosofías Universitarias de la segunda mitad del siglo XIX*. México-Buenos Aires: FCE.
- Barcia, Pedro Luis (1968). “Rubén Darío en la Argentina”, en *Escritos dispersos de Rubén Darío (recogidos de periódicos de Buenos Aires)*, Tomo I, Estudio preliminar, recopilación y notas de Pedro L. Barcia, La Plata, UNLP, 11-87.
- Darío, Rubén (1938) [1896]. “Los colores del estandarte”, *Escritos inéditos de Rubén Darío*, recogidos de periódicos de Buenos Aires y anotados por E. K. Mapes, New York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 120-123.
- Darío, Rubén (1950). *España contemporánea, Obras Completas*, t. III, Madrid: Afrodísio Aguado.
- Darío, Rubén (1985). *Poesía*. Prólogo de Ángel Rama, edición de Ernesto Mejía Sánchez, cronología de Julio Valle-Castillo. Caracas: Biblioteca Ayacucho. Segunda edición.
- Groussac, Paul (1896). “Los raros por Rubén Darío”, *La Biblioteca*, Buenos Aires, I, T. II, 474- 480.
- Gullón, Ricardo (ed.) (1980). *El modernismo visto por los modernistas*. Introducción de Ricardo Gullón. Barcelona: Guadarrama.
- Rama, Ángel (1985). *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación Ángel Rama.
- Real de Azúa, Carlos (1976). “Prólogo a Ariel” en José Enrique Rodó, *Ariel. Motivos de Proteo*. Ed. y cronología de Ángel Rama. Caracas: Biblioteca Ayacucho, IX-XXXV.
- Rodó, José Enrique (1957). *Obras Completas*. Introducción, prólogo y notas por Emir Rodríguez Monegal. Madrid: Aguilar.
- Rodríguez Monegal, Emir (1957). “Prólogo y notas a la Correspondencia de J. E. Rodó”, en José Enrique Rodó 1957: 1257-1259.
- Petit Muñoz, Eugenio (1967). “El maestro de la juventud de América”, *Cuadernos de Marcha*, mayo 1967, N°1, 81-92.
- Sierra, Justo (1968) [1901]. “Prólogo a Peregrinaciones de Rubén Darío”, Ernesto Mejía Sánchez (comp.), *Estudios sobre Rubén Darío*. México: FCE-Comunidad Latinoamericana de Escritores, 136-145.
- Henríquez Ureña, Pedro (1978). *La utopía de América*. Prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot, compilación y cronología de Rafael Gutiérrez Girardot y Ángel Rama. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Unamuno, Miguel de (1961). *Letras de América y otras lecturas, Obras Completas, T. VIII*, Prólogo, edición y notas de Manuel García Blanco. Madrid: Afrodísio Aguado.
- Valero Juan, Eva María (ed.). (2003). *Rafael Altamira y la “reconquista espiritual” de América*. Alicante: Universidad de Alicante, Cuadernos de América sin nombre, 8.

Datos de la autora

Florencia Bonfiglio (La Plata, 1975) es graduada en Letras y en Lengua y Literatura Inglesas de la UNLP, donde se desempeña como Profesora Auxiliar de Literatura Latinoamericana II. Su tesis doctoral aborda las variadas apropiaciones latinoamericanas y caribeñas de *La tempestad* de



Shakespeare. Ha editado recientemente el libro *La unidad submarina. Ensayos caribeños de Kamau Brathwaite* (2010). Forma parte del Consejo de redacción de *Katatay. Revista Crítica de Literatura latinoamericana*.